

JUAN RAMON JIMENEZ

Por CARLOS GARCÍA FERNÁNDEZ

*Hay por Sevilla un jirón de niebla que
el sol más claro no acierta a disipar. Es
Bécquer.*

J. R. J.

Fue en el mes de enero de 1930 y en una mañana de domingo. En la calle Sierpes, encontré a Joaquín Romero Murube que vino hacia mí muy agitado.

—Carlos: Una gran noticia. Está en Sevilla Juan Ramón Jiménez. Ayer le visité en el Hotel Savoy donde se hospeda y le he anunciado que mañana voy a ir contigo.

Juntos fuimos a pasear por delante del Hotel e incluso nos asomamos para ver si veíamos al poeta. Joaquín le conocía ya de un viaje anterior en que le acompañó por Sevilla con Luis Cernuda, por cierto que con este último no congenió nunca el Maestro.

—Viene con su mujer y una sobrina de Nueva York, hijas del Director de «La Prensa» y va a pasar en Sevilla una temporada de descanso.

Al día siguiente me llamó para decirme que no podía ir, pero que había avisado pidiendo hora para mí.

—A las cinco te espera, sé puntual pues es una de sus manías.

Con gran impaciencia aguardamos la hora señalada. En aquella años era Juan Ramón el gran mito, el astro en torno al cual giraban todos los poetas y los lectores jóvenes, porque su popularidad no había trascendido sino en medios relativamente cultos, no había llegado al gran público.

Estaba en esa fase de la inmensa minoría para la cual decía escribir.

Es curioso, sin embargo, anotar que ya en el verano de 1926 publicó Giménez Caballero en «El Sol», un reportaje titulado «Breve vigilancia de J.R.J.», en el que señalaba que su fama iba llegando al público y el contraste con la falta de éxito que había tenido una edición popular en entregas de la trilogía que sobre la mala vida publicó Baroja. Las tres novelas, admirables por cierto: «La Busca», «Mala hierba» y «Aurora roja», habían quedado amarilleando colgadas en los puestos de periódicos con muy escasa venta.

Es cierto, lo dice Pedro Salinas, que esta minoría tiene una función trasmisora y acaba, después de haberla celado entre sus muros, por llegar al gran círculo social venciendo la hostilidad primera.

Participábamos nosotros de este entusiasmo, si bien teníamos una obstinada devoción por Antonio Machado que entonces estaba olvidado. Hizo falta que Espasa Calpe publicase sus obras completas y más adelante determinadas circunstancias de toda índole, algunas totalmente ajenas a las letras, para que el poeta sevillano recobrase el puesto que indudablemente le correspondía. Mas ésto no es el tema de hoy, volvamos a aquel lunes para nosotros inolvidable.

Entré en el Hotel, pregunté en la recepción y, tras llamar al cuarto, me dijeron el clásico:

—Que suba.

Al final de la escalera, una mujer de mediana estatura, más bien pequeña, elegante y agradable pero algo incolora, me dijo:

—¿Viene usted a ver a Juan Ramón?

Al decirlo así y quitar la preposición, daba a la visita no el carácter de tal, sino el de verdadero espectáculo. Esta mujer encantadora era Zenobia Camprubí.

Nos pasó a una salita y a poco apareció aquel hombre de la barba bengalí, como le definía Fernando de Lapi. Estaba impecablemente vestido, con un traje de franela gris, una camisa de Oxford, corbata de punto azul oscuro, calcetines de seda y zapatos negros.

Con mucha prosopopeya y muy afable, me dijo:

—Le esperaba, pero ¿no ha venido Romero?

—No, ha tenido que ir a ver a una tía suya que se ha puesto enferma.

—Sí —repuso—, debe ser una de esas tías que viven en Los Palacios.

Su obsesión era darse de muy enterado, conocer a todo el mundo y saber los detalles familiares.

—Siéntese y perdone que le reciba en esta habitación que tiene colgadas estas telas tejidas a las que Teresita, la dueña del Hotel, ha dado en llamar tapices.

Esta observación irónica creo que la repitió a otros visitantes.

La dueña del Hotel era Teresa Valle Saavedra, Marquesa de Lombillo, que había convertido su casa en hotel con vistas a la Exposición y que tenía buena amistad con el poeta.

La conversación en esta primera entrevista fue muy larga, más de dos horas, y aún quería al final retenerme. La interrumpió una sola vez en que se retiró a su habitación inmediata a hacer unas gárgaras bastante estrepitosas.

Me preguntó muchísimas cosas con una enorme curiosidad, cosas de Sevilla, de los escritores, de los artistas, de la revista «Mediodía», del cisma de «Papel de Aleluyas». Su interrogatorio era para comprobar, pues estaba informado de todo, con sorprendente minuciosidad.

Luego tomó la palabra y habló con detenimiento, con su voz lenta, aquella voz de oboe que señaló Gerardo Diego, y con estudiadas inflexiones.

Empleó en la conversación la mala sangre andaluza que años más tarde recordaba Rafael Alberti al trazar una semblanza admirable. Criticaba con crueldad, mas con gracia, a numerosos escritores. Pocos se salvaron de su acerada censura.

Empezó por el primer prosista de nuestra época, siguió por dos excelentes poetas a los que calificó de «menores», a los que decía haber echado de su casa porque iban a robarle lo único que no puede recobrase: el tiempo. De otros poetas jóvenes, que iban alcanzando merecida fama, decía que por su amistad con Ignacio Sánchez Mejías parecían unos novilleros ávidos de éxito, lo que encontraba lamentable quien, como él, «estaba cansado de eso que llaman éxito».

No se salvó ni Antonio Machado, al que reconocía y alababa como un poeta excepcional, pero al que atacó por sus obras teatrales.

(He aquí un tema interesante, la amistad entre dos poetas reflejada en aquel poema de Juan Ramón: «Amistad verdadera, claro espejo en el que la ilusión se mira...», en el retrato de la familia Machado y en los poemas de éste sobre Juan Ramón. Un entrecruzado de poesías y dedicatorias.)

Y vino el contraste, habló de Rubén Darío, que era su gran entusiasmo y su devoción constante: «Nadie sabe lo que debemos a este extraordinario inventor de palabras. No se debe olvidar que cogió el idioma de manos de Núñez de Arce y sus secuaces. Sin él no hubiésemos podido existir ni Antonio, ni yo, ni siquiera Marquina».

Casi encolerizado rechazó la inspiración que le atribuían de una frase polémica de Bergamín sobre Rubén. Esto motivó nuevas y feroces apreciaciones.

La despedida fue cordialísima, rogándome que fuera a verle con frecuencia, pues estaba muy solo. Rectifico lo que se ha contado de que estuvo en Sevilla rodeado de un conjunto de poetas queriendo proclamar a Sevilla capital de la poesía. Cierta esta frase repetida reiteradamente, pero en aquella temporada estuvo muy aislado. Solo le visitamos con frecuencia Joaquín Romero y yo. Fue también a verle Rafael Porlán, pero no congeniaron y no volvió. Quienes le acompañaban eran sus amigos Julián Monís, los hermanos Duclós y algún otro.

Los admiradores que tenía en Sevilla, Laffón, los Collantes, Meneses, Gordillo y Montes tuvieron un extraño temor y no acudieron a verle. Salinas, Catedrático de Literatura, estaba

entonces en Madrid en comisión de servicio; también estaba ausente Higinio Capote.

Volvamos a la despedida. Asomado a la escalera y moviendo la cabeza con monótona periodicidad, despedía al visitante al que antes había puesto el abrigo con gran ceremonial. Sobre este particular, Arturo Serrano Plaja nos contaba su vergüenza en este trance en una ocasión en que llevaba una gabardina muy vieja que contrastaba con la solemnidad con la que el poeta se la puso y la larga contemplación, mientras bajaba la escalera, de las deterioradas espaldas de su lamentable prenda.

Volvimos varias tardes sin que perdiese amenidad en ninguno de los momentos. A estas reiteradas visitas aludió Joaquín Romero en el artículo que publicó el día de la muerte de Juan Ramón en el diario «Sevilla», diciendo que había tenido una gran predilección por nosotros.

Mas toda esta armonía y este atractivo y viveza en la conversación, los perdía en la calle. Llevado por su mujer o por una de las sobrinas, iba con aire de hombre ausente, casi fantasmal. Al verle recordábamos aquella poesía: «Soy como un niño distraído al que llevan de la mano por la fiesta del mundo...».

Hasta tres años después no nos reunimos con él. En enero de 1934, en la calle Padilla, en aquel piso encantador modelo de buen gusto montado por Zenobia. Una inolvidable tarde de domingo. Estábamos allí con el matrimonio una recitadora cubana, Dalia Iñiguez, su marido y yo.

Dalia recitó de memoria, con una entonación admirable, los mejores capítulos de «Platero y yo». Era morena y muy guapa, y el poeta atendía más a su encanto y belleza que al de su obra recitada.

Al final, dijo campanudamente: «Con su gracia y belleza, que no son pequeñas, ha salvado usted esos capítulos lamentables que corresponden a una época nefanda de mi vida representada en este cuadro que no ha salido por el balcón por respeto a la firma que lleva», señaló al cuadro que era el retrato de Sorolla, no el que viene en la Enciclopedia Espasa, sino el otro que le hizo.

La tarde fue inolvidable. Preguntó a los cubanos si conocían Sevilla, y ante su negativa les dijo que era imperdonable y empezó a describirla, diciendo en primer término que a raíz del Descubrimiento debió ser la capital de España, y, combinando sus recuerdos con su fantasía, hizo una extensa elucubración histórico política sobre la capitalidad, no poética sino real, perdida. De sus labios surgió toda Sevilla, con el Guadalquivir alegre en la noche, cuyas orillas despiertan más tarde entre el campo bajo y el cielo alto, con sus pájaros, con la Giralda, unas veces de carne y otras casi de cristal, con ese girón de niebla del poeta romántico y el ruido de las palomas al levantar el vuelo. Todo su amor reflejado en una maravillosa poesía en que dice a su amada que Sevilla «como tú llena el mundo». Siguió con el recuerdo de cuando vino de estudiante y aprendiz de pintor y vivía cerca de San Pedro, con unas azoteas y la voz de las espadañas al anochecer y el rostro imborrable de una mujer morena con la que se cruzaba todas las tardes. Una serie de cosas heterogéneas maravillosamente enlazadas.

Contó la primera vez que llegó a Madrid y fue a una pensión de la calle del Prado, de sórdida escalera de madera gastada, a la que llegaban los olores agrios de los distintos pisos. Le hizo tan mala impresión que por la noche se volvió a Sevilla. «Aquel Madrid de entonces era terrible, no el de ahora mucho más limpio y grato».

Quisiéramos tener mejor memoria para recordar todo lo que dijo durante un cuarto de hora sin parar, lleno de pasión, porque es quizás de lo mejor que hemos oído en elogio de nuestra ciudad. En esta charla se repetía mucho de lo escrito que ha recogido en libro María de los Reyes Fuentes.

Es la última vez que estuvimos a su lado, porque volví a Madrid un año después y no pude verle. Estaba recién operado de un ojo. Luego vino la guerra y ya no le vi más.

Mejor dicho, le vi muerto, a través del cristal de la caja en la capilla de la Universidad, el día del Corpus en que llegó su cadáver de paso para Moguer. Le encontré igual que como le conocí, pues venía macabramente maquillado con la barba

teñida. No era la barba blanca de sus últimos retratos. Nos causó una impresión enorme.

En esta narración me hago pesado. Vimos en «La Codorniz» un dibujo de Novelli en el que un niño al que felicitó el Rey cuando era párvulo, contaba más tarde la escena a sus amigos, luego a su novia, luego a sus hijos, luego a sus nietos y, ya jubilado, al guarda del parque donde iba a buscar un poco de sol. «La razón de una vida», así se llamaba la caricatura, su momento mejor y gozaba contando: «Entonces el Rey me dijo...».

Así gozo yo a lo largo de los años recordando aquellas siete u ocho tardes pasadas al lado de Juan Ramón Jiménez, oyéndole con admiración y respeto y alguna vez llevándole la contraria para que se enardeciese y tomase su voz un airado tono de reprimenda. Así lo he contado muchas veces, os lo cuento hoy y puede que acabe, jubilado ya, contándolo al guarda de los jardines de Cristina.

Murieron en Sevilla casi todos los que le conocían. Su gran amigo José María Izquierdo, que tenía un extraño signo sobrenatural, algo de ángel anunciador. Murió Joaquín Romero Murube, por el que tuvo siempre gran afecto y simpatía. Murieron otros, sólo vivimos los hermanos Duclós, Paco Castillo Baquero y yo. En Sevilla viven algunos familiares, como su sobrina Blanca, mencionada en Platero. También le vio en América y estuvo con él Francisco Morales Padrón, en los meses finales de la vida del poeta.

Es esto para nosotros el mejor recuerdo amistoso literario que tenemos.